

La vida cristiana es la mejor escuela de la voluntad

Sentados ya todos los amigos en la cumbre de la alta montaña, respirábamos a pleno pulmón el aire puro de las alturas. No había sido fácil la subida, pues un camino estrecho que bordeaba hondonadas profundas, había sido durante largo trecho el único apoyo para nuestros pies. Más de una vez hubimos de detenernos para descansar, porque temíamos perder el equilibrio. Y por si esto fuera poco, aún tuvimos que pegar nuestro cuerpo a la peña y avanzar con cuidado para llegar a la cima.

A pesar de todo, fuimos felices en aquellos momentos porque veíamos premiados nuestros esfuerzos con aquel magnífico paisaje que desde allí se ofrecía a nuestros ojos.

Aún lo recuerdo todo, como si lo tuviera presente...

* * *

Contemplaba, extasiado, aquella maravilla, cuando el codazo del amigo me despertó de mi ensimismamiento.

—¿En qué piensas?— me dijo.

Sonreí.

—¿Quieres que te diga?—le contesté—. Escúchame. ¿Ves aquellas doradas mieses, movidas, en suave ondulación, por el débil viento que sopla en la hondonada? Como esas espigas son nuestras jóvenes voluntades. A favor de la primavera de que ahora gozamos, sentimos muchas veces el suave agitar de las sugerencias malsanas, que sin cesar inclinan nuestra voluntad a un lado y a otro... Siempre en lucha, siempre inquietos... atraídos por mil deseos.

* * *

—Hay voluntades—continué diciendo al amigo— comparables a este río, fulgurante ahora por los resplandores del sol. ¿No lo ves? A fuerza de años va abriendo en el suelo un regazo donde pueda ser acogido con todas sus aguas.

Para el río, el tiempo no cuenta nada, ni tampoco el lugar; no repara en el favor ni en el perjuicio que ocasiona. Tan sólo le interesa abrir un cauce por donde él pueda discurrir con todo su caudal. Así son las voluntades desorientadas. Se lanzan a correr por la vida, acuciadas por un deseo o por una pasión, sin más ley que su capricho ni más orden que el que a sí mismas se imponen. Y a estas voluntades sucede que muchas veces chocan estrepitosamente contra los escollos que salen a su paso.

* * *

Allá a lo lejos, sobre un monte rocoso, veíamos las ruinas de un castillo medieval. De aquellas fuertes torres de piedra no quedaban sino algunas paredes cubiertas de hiedra. Precisamente, en estos momentos, los últimos rayos, rojizos, del sol, huían de aquel lugar dejando envueltos en sombra los viejos muros del castillo.

—¡Qué bien reflejan aquellas ruinas—decía a mi amigo—al joven sin carácter y sin voluntad; pues que-

da su alma sin belleza, rota la armonía de su espíritu, mientras su corazón, convertido en nido de aves que viven de la carroña, queda abierto a todos los vientos de las pasiones que rugen en su torno, como las tempestades en derredor de aquel vetusto edificio!...

Compara ahora, mi querido amigo, la ruina de esas vidas sin voluntad con esta otra, lozana, fresca y llena de hermosura de los jóvenes que, durante sus años floridos, se dedican con afán al trabajo y al estudio para labrar su porvenir. De entre estos últimos han surgido los sabios, los artistas, los genios, los grandes hombres todos. Como crecen y suben los robles que ves al pie de la montaña, crecen y se desarrollan estos espíritus, a pesar de los huracanes que amenazan arrancarlos de cuajo.

* * *

Era ya de noche. Las estrellas temblaban en el firmamento. El aire fresco, azotaba nuestros cuerpos y penetraba en ellos como un cuchillo. Fue preciso que nos abrigáramos si queríamos guardar por mucho tiempo el recuerdo de aquella noche en la montaña.

¡Qué paz se sentía en aquella soledad! Nada turbaba su silencio.

Desde aquella altura, se distinguían fácilmente las luces de una ciudad importante.

—Cuando yo veo aquellas luces—le decía al amigo—me imagino en seguida el triste fin de la pobre mariposa que, atraída por la luz, cayó entre las llamas.

En estos momentos, mientras nuestra sangre aquí se renueva y nuestro espíritu se entona, entre aquellas luces revolotean como mariposas, atraídas por el brillo del placer, tantos y tantos jóvenes que, al fin, dejan quemar las alas de su voluntad en los cabarets, en los bailes, en las tabernas, etc... Admitimos las diversiones y los placeres que elevan al hombre, y lo deseamos para nosotros; pero no debemos olvidar que el sacrificio es el que forma a los hombres para la vida.

Esos placeres desmedidos, son los enemigos del hombre de carácter.

* * *

Junto al refugio donde pensábamos cobijarnos, había una ermita de gruesas paredes.

Una imagen de la Virgen presidía el sagrado recinto.

Antes de acostarnos, nos dirigimos hacia la ermita.

—No lo dudemos—me atreví a observar, todavía, al amigo—; si hoy somos fuertes de espíritu y sabemos dominar nuestras malas tendencias, es porque nuestras almas se han formado a la luz de la Fe.

Y aquellos amigos se postraron a los pies de la Imagen Sagrada. Aquí estaba el secreto de su recio carácter.

Y en verdad que la vida cristiana es la mejor escuela de la voluntad.